

UN CUENTO PARA MARIANO BAQUERO

HACE ya muchos años, una tarde de otoño, me acerqué hasta la casa donde vivían Ana Luisa y Mariano en la calle de San Nicolás, y después de un rato de tertulia en una mesa camilla le entregué para su lectura, y sus comentarios si merecían la pena, mis dos primeros relatos que consideraba que podían salir a la calle.

A los pocos días, Mariano Baquero me devolvió uno, el que estaba escrito en una prosa con cierta tendencia al lirismo, horror que no he vuelto a repetir ni por descuido, junto con la recomendación de que por *ahí no era el camino*, mientras que el otro se lo guardaba para publicarlo en *Monteagudo*, como así fue. Se titulaba *El centinela*.

Hoy, cuando me piden que escriba unas páginas en su homenaje, y dispongo en procesión más o menos ordenada la serie de recuerdos y motivos que podían servir para pergeñar un artículo, como aquellas imágenes de corte victoriano de un verano que pasó en la casa del *reloj* en San Pedro del Pinatar, dejándose mecer por la protesta con sordina contra el calor y los mosquitos, mientras se argumentaba en la terraza la tertulia abierta en los sillones de mimbres de familiares y amigos, o corría al amparo de la sala donde sonaba música de cámara, ... y los que todavía andábamos con menos años correteábamos por las cámaras de los techos y las buhardillas o entreteniéndonos demostrando habilidades que



no eran tal en la mesa de billar del primer piso. O en un día en Oviedo donde había ido con mis padres y acudimos a visitarles, y no pudimos salir a dar un paseo por el barrio de la catedral porque, como dijo Ana Luisa, *allí siempre lluvia*. O en las clases, y en otras ocasiones de vida universitaria, ... prefiero dedicarle un cuento que es el último que me leyó y comentamos hasta llegar a ese punto siempre preferido por los que nos dedicamos a los menesteres de las letras.

Hacía poco que yo había vuelto de un viaje a México, donde en compañía de unos amigos, había hecho un viaje hasta la costa del Pacífico cruzando las tierras pobres y dramáticas del Estado de Oaxaca, deteniéndonos una tarde en un pueblo en que no hacía mucho tiempo había recibido la visita del Brujo Juan Camilo y su grupo de bandoleros.

Pero donde fuimos a parar no fue a aquellos hechos que servían para que me mirase de hito en hito sin atreverse a decir esta boca es mía por eso de guardar las formas como él sabía hacer, sino del efecto que me había producido encontrarme con una lengua plenamente expresiva bien diferente de la que entre todos hemos hecho en nuestra España. Había sido como un encuentro con algo de lo que solo tenemos noticias de que ha existido. Y así le referí mi sorpresa al ir escuchando las explicaciones que me dio el taxista que me recogió en el aeropuerto, o de la fascinación que sentí al oír a los charlatanes, tenderos y desocupados que pasaban las mañanas en esa especie de Corte de los Milagros que es el Zócalo de México D. F.

En su recuerdo y homenaje le dedico este cuento, el último que me leyó, dándole las gracias sobre todo por una cosa que me evidenció y que he procurado no olvidar jamás: que toda obra literaria se sostiene por muchas cosas y razones pero que en verdad solo hay una que se afirma como su soporte insalvable, que es la lengua, ese medio milagroso que antes que saber utilizar, hemos de saber amar.



HISTORIA DE UN AJUSTICIADO

El día que mataron a los Rodríguez fue un viernes que amaneció con una deshilacha de nubes tendida a lo largo y por entre el caserío, igual mismo que venía sucediendo en los días que antecieron, y por eso también el pueblo parecía guardarse un ratito más hasta que el sol la borraba y ya mayormente aparentaba que volvía la vida a lo que le era propio y sus moradores cruzaban las calles y caminaban a las veredas.

Por eso, aquel día parecía como los que antecieron, como va dicho, por más que en ellos también pasaron cosas desacostumbradas, sin que llamaran la atención, porque lo hicieron de tapado, aunque a Cayetano y José Rodríguez, que eran los representantes de la comunidad, no se les escapó que habían entrado en Tilapa armamento y cajas de munición de más de las necesitadas, que les llevó a expresar en voz que allí no podían haber tantas armas, lo que no les hizo bien a los hombres del brujo Juan Camilo, por lo que mayormente contrariaban su voluntad. Aunque bien mirado, ellos solo lo apuntaron para pregón y aviso de que eran hombres de paz y no aprobaban lo que venía sucediendo cuando el brujo Juan Camilo y su tropa se dejaban llegar y entraban a sangre y fuego en el poblado a cobrarse su justicia como hicieron con Diego de los Angeles, Miguel Avelar, Nemesio Ojeda y otros de sus parientes que a lo visto les habían mostrado su desacuerdo. Así, cuando aquello sucedió, los trinquis, horrorizados, salieron huidos por la sierra a la descubierta mientras sonaban balazos tras ellos hasta acertar a llegar a algunos de los pueblos vecinos donde los párrocos les daban amparo en el atrio de las iglesias y se acomodaban a que se pasase el tiempo para iniciar el retorno: las mujeres colgaban sus telares y tejían durante horas y horas, y los hombres, apesadumbrados, quedaban quietos como si en el silencio se comunicaran.

Y la verdad es que nadie sabía referir con fijeza la razón de aquellos atropellos que para unos eran debidos a cosas de los soldados, y para otros a cosas de Juan Camilo y su tropa que gustaban de enseñorearse porque no tenían miedo a los judiciales desde que aprendieron a odiarles azuzados por la miseria, por más que convivían con ellos y hasta les apuraban para que acabasen cuanto antes, cuando éstos llegaban a tramitar las muertes. Pero lo cierto era que los indios triquis habían tomado miedo a la vida en aquel lugar y cada vez eran menos los que regresaban quedándose en Santa María Pueblo Nuevo, Cosntancia Concepción, Río Tejón, ... con la esperanza de no llegar a ser vistos como sobrantes.

Los tres hermanos Ramírez habían salido basta las espaldas de las últimas casas y llevaban cortando milpa lo de una hora larga cuando se oyeron disparos y Cayetano y José cayeron a peso acertados en la cabeza y el pecho, y él, que estaba más allá en un lado, en el estruendo, pudo acertar a escapar tropezando y torompicando hasta que luego se amparó pegado a las rei-



ces de un árbol, casi sin respirar, mientras zumbaban balazos, relinchos de caballos, gritos de gentes, ... y así corrieron las horas que le llevaron a oír unos pasos que se acercaban con ruido de hierba.

Y reconoció a su vecino Severo Victoriano entre las ramas y fibras crecidas en la época de lluvia, y le llamó con cuidado de no asustarlo.

– Eres tú.

– Ven.

– *Qué pasó.*

– Ya mataron a tus hermanos y ahora dicen que tienen a tu madre de reclamo para que te regreses, y así matarte. Vente conmigo a Río Tejón donde nos querrán por unos días.

Pero él le escuchó sin ánimo en los ojos brillantes.

Severo Victoriano, tendido a su lado, se trajo el morral al pecho, y abriéndolo sobre la manta le ofreció que tomase de las provisiones. El negó necesidad con la cabeza.

Y permanecieron cavilosos todavía un ratito, hasta que Severo Victoriano se movió alzándose un poco para marcharse, despidiéndose con la cabeza y mirándole con aflicción. Así, sólo, pasaron las horas que alcanzaron la noche y pasaron las horas que madrugaron el día: sin atreverse a reparar en las nubes que corrían por el azulón, sin pararse a considerar las estrellas de la oscuridad. Su mirada permaneció en el caserío entre los matorrales.

Y llegó a sentir cómo el miedo le temblaba la boca y le aflojaba las manos y le aprisionaba contra el suelo, porque demasiado bien sabía que su suerte entraba en estarse quedo para que no volase un guiño que llamase la vista de los hombres de Juan Camilo que de seguro vigilaban. Tan quieto se estaba que el sol le calentaba la cabeza como si fuese una piedra. Así, mirando entre las hierbas supo que se le había vencido el plazo, y rendido y humillado, deshaciéndose del dolor de los huesos y de las carnes que le inmovilizaba, con paso torpe, pero esperando todavía confundirse con la tierra y las piedras y los árboles, se encaminó a su casa.

